

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

P O R P A R T E S

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

POR PARTES

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

Pranas
Ediciones 



RiL editores

341.481 Latorre-Gentoso, Ítalo

L Dignidad por partes. Reflexiones en torno a la
ética del cuidado / Ítalo Latorre-Gentoso. --
Santiago : RIL editores, 202X.

132 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-1612-3

1 ÉTICA SOCIAL. 2 DERECHOS HUMANOS.



DIGNIDAD POR PARTES.
REFLEXIONES EN TORNO A LA ÉTICA DEL CUIDADO
Primera edición: junio de 2024

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
N° 2024-A-1169

© RIL® editores, 2024
© Pranas Chile Ediciones, 2024

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Í. L.-G.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1612-3

Derechos reservados.

REDEFINIR EL PODER COMO TERNURA RECÍPROCA

«Me preguntó si tenía hijos, después si tenía una red de cuidados o alguien que lo cuidara. ¿Está bien esto? Me sentí tonta de no saber qué responder. Salí y llamé a Carla, mi amiga, quien me dijo muy molesta que eso estaba mal, que no es legal ni respetuoso que me preguntaran esto en una entrevista de trabajo. Que era misoginia y discriminación. Yo estoy confundida aún y triste porque me desestabilizó todo en mi cabeza, empecé a responder como sintiendo que no servía para el trabajo o como ya asumiendo que me había ido mal... ¡por ser mamá soltera!... ¿Sabes lo que más me molesta ahora? Que cuando llegué me sentí tranquila, porque era un hombre “de la disidencia”, con tatuajes y banderitas LGTBIQ+ en su escritorio, pensé que era de los míos y cuando me preguntó esto, quedé desconcertada, confundida».

Esto me contó Josefa, una psicóloga de 36 años que había tenido que vivir este abuso de poder de un hombre gay, supuestamente activista de la disidencia sexogenérica, en una entrevista de trabajo. Después me contó que lo buscó en redes sociales y que se autoproclamaba como activista por la lucha LGTBIQ+ y que tiene miles de seguidores. Me habló de su impotencia y desesperanza por el mundo en el que estamos viviendo.

Los lugares de poder desde los que construimos relaciones, son lugares que pueden subyugar o construir cuidado mutuo. Generar posibilidades y más ventaja para unos y marginar aún más a otr*s, usarse como medio para la construcción de privilegios para unos pocos a costa de la explotación de much*s.

No hay nada que garantice que quienes han llegado a ocupar posiciones de poder lo ejerzan de formas subversivas. Ninguna experiencia anterior hace que las personas «naturalmente» se conduzcan, tengan conciencia política, resuenen o «empatizen». No hay nada natural en los procesos que dan forma a la acción humana, nada garantiza que las personas no se vuelvan cómplices de abusos de poder que quizá ellas mismas vivieron. Por eso, no basta con ser mujer cis ni trans ni persona racializada ni disidencia sexogenérica ni «clase baja» o persona racializada ni migrante pobre etcétera, para subvertir los discursos ni las prácticas que han puesto a las personas en esos territorios identitarios de vida.

En mi área de trabajo, por ejemplo, hay colegas que se declaran feministas por su identidad de género, pero su práctica está informada por teorías que son a la vez derivas y productoras de patriarcado y no han desarrollado habilidades críticas ni prácticas para subvertir nada, al contrario, trabajan desde posiciones supuestamente críticas, pero reproduciendo discursos y prácticas dominantes de abuso. Estas personas tienen el potencial de volverse aún más peligrosas que las que declaran abiertamente sentir odio, ya que el odio disfrazado de activismo secuestra la sensación de claridad, certeza, esperanza, comunión... y en ocasiones —cuando es materialmente posible— niega a las personas su derecho de decidir alejarse del peligro.

La popular comprensión del «ciclo de la violencia», descrito por Walker en 1979, está compuesta por tres fases: 1; la acumulación de tensión 2; la explosión del abuso y la violencia y 3; la «luna de miel». Estas ilustran muy bien un fenómeno que me gusta describir desde las relaciones de poder. Hablaré en términos binarios de hombre y mujer cis por ahora. En la primera fase, el hombre ejerce control en base a una diversidad de formas de amenaza, algunas muy explícitas, otras mucho más sutiles, pero que se pueden identificar por medio

de algunas respuestas de resistencia al abuso de la mujer, un ejemplo paradigmático podría ser la de *evita hacer o decir ciertas cosas* para «evitar que se enoje», «no arruinar la situación», «mantener la fiesta en paz» o «poner paños fríos». La segunda fase, en muchas ocasiones ocurre cuando la mujer se cansa de sostener la situación y decide protestar de manera más explícita por injusticias, denuncia abusos o reclama su derecho a vivir en paz. Entonces viene el contraataque del hombre, quien se involucra en una serie de acciones más explícitas en las que demuestra que sus amenazas previas tenían fundamento ejerciendo violencia física directa³. Luego, para evitar que la mujer renuncie a la relación abusiva, se involucra en una serie de acciones con el propósito de recuperar el control en base a confundir a la mujer, a hacerla dudar de la claridad que puede tener acerca del abuso y de la necesidad de irse de ahí. Aparece como un hombre doliente, que ha sufrido, intenta hacer que la mujer entienda que el daño que hizo fue porque no lo ha pasado bien en la vida y de alguna forma le exige comprensión y lealtad, haciéndola además sentirse responsable de la continuidad o fracaso de la relación y sintiendo que separarse sería una expresión de falta de amor y compromiso. En medio de esta nueva forma de amenaza de la fase tres, por lo tanto, un nuevo ejercicio abusivo, el hombre se muestra con habilidades de cuidado, ternura, cariño, preocupación, atención, pero de manera implícita, exige a la mujer el reconocimiento de estas nuevas acciones que lo representan ahora como un «hombre bueno». Esto, además, la aleja de la claridad de separarse bajo el argumento de que el «hombre no es malo», «se equivocó porque él también ha sufrido»... y que la relación puede mejorar y que lo que ha ocurrido puede no volver a ocurrir. Por supuesto, esto vuelve a ocurrir. Otra forma de abuso en esta fase de luna de miel, reconciliación, enamoramiento, demostración de cuidado y responsabilidad, es la falsa invitación a la

³ Aquí me gustaría notar que entiendo que toda violencia abusiva es una violencia física y directa, tanto las agresiones directas al cuerpo, como aquello que se conoce como violencia simbólica, psicológica, económica, etc. El cuerpo padece directamente los efectos del abuso, duele, se cansa, se estresa, se pierde, se nubla, se mareá, se entristece, se enrabia... El daño tiene siempre una dimensión física y el dolor como expresión de ese daño es también expresión de una protesta, una denuncia u otra forma de resistencia al abuso.

mujer a poner su confianza y su esperanza al servicio de la relación, haciéndola creer que esta confianza y esperanza será honrada y habrá valido la pena. Entonces el hombre viola, transgrede, rompe y avasalla con esa confianza y esa esperanza.

Luego de esto, una parte importante del mundo hace sentir idiota a la mujer por haber entregado su confianza y esperanza en lugar de explicitar una crítica tajante y categórica a la acción miserable del hombre que abusó de la esperanza y de la confianza, aprovechándose del amor que la mujer estaba esperando producto de las promesas que él mismo hizo.

Estas acciones de control y avasallamiento hacen sentir a muchos hombres «en control» de la situación, confirmando su masculinidad hegemónica, sin embargo, lo que realmente está ocurriendo es que este está no sólo humillando a la mujer, sino que a sí mismo, pues pone todo su valor como persona a la idea de que debe ser propietario del cuerpo, vida y muerte de la mujer: a esto se le llama *apropiación de las cuerpos*.

Narro todo esto no sólo con la esperanza de que sea útil para quien sea que lea, sino que para contar una historia. Sara, una mujer de 48 años con quién conversábamos en terapia en respuesta de múltiples abusos que vivió de parte de su marido durante veinte años, me expresó durante la primera conversación su gran desesperanza en la posibilidad de sentirse mejor: «a mi terapeuta anterior la conocí por Instagram. Ella subía historias de empoderamiento femenino, del ciclo del abuso, de feminismo, de la importancia de la voz de la mujer... todo esto lo hacía contando su propia historia habiendo sido víctima del abuso de su pareja... yo confiaba en ella y cuando le conté por segunda vez que quería volver con mi marido y darle una segunda oportunidad, en medio de mucha vergüenza, culpa y confusión, me dijo: tú eres libre de darle todas las oportunidades que quieras, pero yo no puedo seguir atendiéndote, porque no quiero aparecer como que estoy avalando esta vuelta». Escuché el relato de Sara con mucho dolor, aunque lamentablemente no mucha sorpresa, pues es muy común escuchar este tipo de prácticas. Sara se sentía estúpida, culpable, avergonzada, desesperanzada y abrazaba

muy fuertemente la idea del suicidio como solución a todo esto. Me contó que ya no estaba con su marido porque «me dejó por otra» y que ahora pensaba en esa otra mujer más que en ella o en él. Me dijo que se había aliviado pues temió varias veces por su vida en esa relación y ese temor ya no estaba como antes. Yo me volví curioso por la preocupación que me expresó por esa mujer, pues advertí la posibilidad de acceder desde ahí a historias de saberes críticos frente al abuso y a saberes del tipo de trato que las mujeres merecen en las relaciones. Así fue, aprendí de Sara una infinidad de saberes que ella tenía sobre el respeto, el cuidado, el consentimiento. También de esperanzas con su vida y su futuro. Además, de su involucramiento con aprender para poder ayudar a otras mujeres, sus sobrinas y amigas. Este compromiso, que la llevó a mirar el Instagram de quien fuera luego su terapeuta y quien deshonró su propia historia y puso en riesgo a Sara, fue salvador de vida para ella y para otras personas que la rodean. Entonces me dijo: «no basta ser mujer para ayudar a otras mujeres, es más, podemos incluso hacer más daño si no hacemos bien las cosas». Yo agrego aquí: desde posiciones de ventaja no basta con *ser* LGTBIQ+ para desafiar la hetero cis norma; ni neurodivergente para desafiar las normas asociadas a lo neurotípico; ni persona racializada para desafiar el racismo; ni cura ni madre ni padre ni herman*... Tampoco *ser* terapeuta narrativo o escritor de libros como el que tienes en tus manos garantiza que en mis relaciones yo esté por fuera de la posibilidad de avasallar. Así como *ser* hombre cishétero blanco no implicaría la imposibilidad de la conciencia y responsabilidad política (aunque lamentable pero no extrañamente esto no sea tan común). La responsabilidad que tenemos en la forma que toman nuestras prácticas desde plataformas de poder requerirían, entre otras cosas, de la conciencia de que nadie está por fuera del sistema hegemónico y que ninguna *identidad* es garantía de subversión o crítica.

Tenemos una enorme oportunidad de ejercer estas posiciones de ventaja para cuidar y de esta forma ser al mismo tiempo cuidad*s. Pero entendiendo que el cuidar desde plataformas de ventaja suele ser, en medio de este sistema patriarcal, una acción subversiva, pues

lo que vemos más cotidianamente es que las grandes instituciones que debieran cuidar, abusan: terapeutas, médicos, docentes, jefes y jefas, familias, parejas, policías, congresistas... O que el cuidado se impone a ciertos cuerpos aduciendo naturaleza, como ser «madre» o «mujer» para luego invisibilizarlo y darlo por sentado.

Nadie por fuera, yo tampoco. Por eso quiero dedicar este capítulo a Romina, una mujer que había vivido un accidente en su trabajo producto de la negligencia de su jefatura. Trabajé con ella en terapia durante el primer año luego de titularme de psicólogo. Recuerdo mi insistencia de que se comprometiera con ciertas acciones, como hacer ejercicios entre otras, convencido de que le ayudarían. Todo esto sin poner atención a su rostro de impotencia y sus ojos tratando de evitar los míos cada vez que hablábamos. Mi falta de habilidades y saberes, pero también de mínima sensibilidad con sus ojos y lo que intentaban gritarme, hicieron que ejerciera un poder abusivo con ella. Después de un tiempo comprendí que su negativa a volver podía tratarse de una protesta por no ser escuchada con un mínimo de respeto —y no hablo aquí de buenos modales—. Su rechazo a la atención fue vista en la institución como un problema de ella, falta de adherencia, que era refractante al tratamiento, desmotivación y otras derivas de su «depresión mayor como comorbilidad del estrés postraumático» diagnosticada en la misma institución que estaba mandatada a hacer todo lo posible por ayudarla a sentirse mejor y recuperar su vida.

Recuerdo esto con dolor y sentido de responsabilidad. A veces anhelo que llegue insospechadamente a mi oficina para rendirle cuentas ofreciéndole toda mi escucha y respuestas que honren sus saberes, pero eso difícilmente ocurrirá.

Estas acciones, como la de la colega que atendió a Sara, son habitualmente sin mala intención —incluso muchas veces con buena intención, derivadas de lo que nos enseñan en nombre de la terapia—, cuestión que las hace más peligrosas y que no las justifica en absoluto ni contribuyen con enmendar el daño.

En fin... redefinir el poder como ternura recíproca, implicaría comprender la ternura como una ética basada en la conciencia de

los efectos de nuestras acciones insertas en relaciones de poder. Implicaría un compromiso con el ejercicio del cuidado cuando estamos en posiciones en las que nuestros movimientos tienen el poder tanto de avasallar como de abrazar. Implicaría una comprensión de la dignidad como el resultado de una relación en la que las otras personas se hacen grandes gracias a mí y yo con ellas logro trascender a cuotas de poder pasajeras. Implicaría la convicción responsable de que somos interdependientes y que las estructuras de poder deberían estar al servicio del crecimiento colectivo. Implicaría rechazar las ofertas a beneficiarme sólo a costa de otr*s.

Me parece que sólo de ese modo podemos construir un mundo en el que nos sintamos a salvo y en compañía.

